

Hombres con “ángel”

Laura E. Asturias

Recientemente hablaba con un amigo—a quien admiro, quiero y respeto profundamente—sobre nuestro concepto de un “verdadero hombre”. Ambos coincidimos en que el término define a un ser honesto, íntegro y fuerte, pero también suave, tierno y cariñoso. Comentamos también lo difícil que puede ser para un hombre verbalizar y demostrar el afecto que siente por otro hombre, a nivel humano. De ahí surgen estas líneas.

Desde que empezó a despertar mi conciencia feminista, a raíz de vivencias propias y lecturas sumamente instructivas, he reflexionado sobre las injusticias de una socialización cuya diferenciación por género divide a los hombres y las mujeres más allá de la natural separación por sexo.

En nuestra cultura, lo “femenino” ha sido sinónimo de servicio, sumisión, abnegación y dulzura. De ahí que a la mujer se le responsabilice de tres áreas fundamentales: el manejo del hogar, el cuidado de niños y niñas y el éxito de la relación de pareja. A esto se suma su escasa escolaridad debido a tener que prestar, en la niñez, servicios en el hogar; a la ignorancia de los padres y las madres o a su escaso interés en favorecer a las niñas tanto como a los varones. Todo ello profundiza la sujeción de las mujeres a una inexorable dependencia económica dentro el matrimonio y a un inadecuado acceso a las fuentes de ingreso en el campo laboral.

Los hombres, por su lado, han sido socializados para ejercer dominio en los espacios tradicionalmente “masculinos”: el trabajo formal (y, por ende, mejor remunerado), la economía, la política. Pero el precio que han debido pagar por ser parte del “clan” es sumamente alto. El proceso de masculinización exige que los hombres nieguen el lado suave y “femenino” que de hecho tienen y que, al hacerlo, pierdan un poco de su humanidad.

A una temprana edad, los niños y las niñas no muestran mayor diferencia en su disposición frente a la ternura, los abrazos, las caricias, la dulzura. En cierto momento, sin embargo, estas interacciones son mucho más valoradas en las niñas y estimuladas en ellas a través del juego con muñecas y todo aquello que se conoce, típicamente, como “de niñas”. Se trata de una preparación para las funciones adultas dentro del matrimonio y la maternidad.

Mientras tanto, a los varones se les motiva a ser más rudos e involucrarse en actividades, deportes y juegos mucho más agresivos que anticipan lo que les espera en el “mundo real”, donde el pez grande se come al chico. Son raros los padres que estimulan en su hijo la creatividad artística que le permitiría tener más contacto con sus emociones. Al varón se le ridiculiza cuando llora pues las lágrimas son “cosas de mujeres”, o sea, signos de “debilidad” y, como tales, deben ser reprimidas. Gradualmente, el hombre pierde su capacidad para el llanto, una expresión natural y humana frente a la injusticia, el dolor o una afrenta justificada. Y es así como aprende, además, a rechazar en sí mismo todo aquello que pudiera ser asociado con cuestiones “femeninas”.

¿Por qué es tan difícil para un hombre expresarle a otro algo tan simple como que luce bien? ¿Por qué no puede decir que otro es guapo sin que se cuestione su orientación sexual? ¿O acercarse a otro para abrazarlo fraternalmente y expresarle su afecto cuando la amistad que comparten lo amerita? ¿Por qué puede resultarle tan tortuoso averiguar qué le sucede a otro y ofrecerle su genuino apoyo en caso de que aquél lo necesitara?

Las respuestas a estas preguntas se encuentran, justamente, en la relación que los hombres tuvieron primordialmente con su padre más que con su madre. Porque, si bien es socialmente aceptable y deseable que un hijo continúe siendo tierno y cariñoso con ella a lo largo de su vida, el padre tiende a alejarlo de sí cuando el varón alcanza cierta edad, en la errada creencia de que las expresiones de cariño entre padre e hijo podrían “convertir” al pequeño en otra cosa que no sea un “hombre de verdad”.

Hoy día, alrededor del mundo, la búsqueda de la masculinidad que tantos hombres adultos han debido emprender a raíz del surgimiento del movimiento feminista es un camino que necesariamente les devuelve a los asuntos inconclusos y los espacios vacíos de afecto y caricias que se originaron en la relación con su padre. Redefinirse como hombres les requiere volver a los brazos y al amor paternal.

No son exclusivas de la mujer las necesidades de ternura, comprensión, afecto y regreso a la calidez de un abrazo. Los hombres las experimentan por igual, y en este sentido vale decir que son necesidades puramente humanas que no hacen más mujeres a las mujeres ni menos hombres a los hombres.

Aceptar nuestra humanidad, indiferentemente de si somos mujeres u hombres, nos exige reconocer y valorar las características tanto “masculinas” como “femeninas” que cohabitan dentro de cada ser humano. Vale la pena analizar las deficiencias de la socialización del niño y la niña en nuestra cultura, simplemente para que, en el camino de la vida, no nos neguemos la oportunidad de satisfacer nuestras necesidades emocionales más fundamentales.

Artículo publicado en Diario *La República* (Guatemala), 29-I-96

Laura E. Asturias

Guatemalteca, feminista y traductora

Co-fundadora y ex coeditora/editora de la publicación feminista *laCuerda*

<http://lacuerdaguatemala.org>

leasturias@gmail.com ♣ www.transwiz.org